Año XV 10 Noviembre 1875. Núm. 4,245

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 10 de Noviembre.

El Eco de Cartagena

La inmoralidad en Cuba.

En medio de todas sus desventuras, España será siempre grande y digna de respeto, porque su historia recordará sin cesar á cuantos hombres no esten sumidos en las tinieblas de la ignorancia ó de la imbecilidad, hechos que influyeron en los destinos de Europa y del mundo.

Fué nuestra patria la que cerró las puertas de Europa á los mahometanos, sosteniendo contra ellos una lucha de ocho siglos. Si cuando la marea agarena inundó la Península no hubiese habido hombres de corazon á quienes la roca en que sentaban el pié bastaba para aclamar el nombre de la patria y con él su esperanza en el porvenir, sostenida por la fé; sin Pelayo, Sancho Garcés y Otger, quienes en Asturias, Navarra y Cataluña dieron al viento de la independencia y de la libertad el pendon nacional; sin los héroes de Castilla, Navarra, Aragon y Cataluña; sin aquellos grandes reyes y grandes hombres llamados Alfonsos y Fernandos en Castilla, Garcías en Navarra, Jaimes en Aragon, la marea mahometana hubiera continuado subiendo, subiendo; y al rebasar los Pirineos, se hubiera estendido cual impetuoso torrente por la Europa entera.

Despues, en el siglo XV, España añadió otros títulos á la gratitud de la humanidad y á la admiracion de las generaciones. Un hombre oscuro, plebeyo, hijo de un cardador de lana, se habia acercado á los poderosos ofreciéndoles un nuevo mundo. Los reyes consultaron á los sábios, y los sábios se rieron del soñador á quien apellidaron loco. No tenia el prestigio de la nobleza; carecia del de la fortuna y la fama le negaba el que concede á sus favorecidos. El hijo del cardador de lana se vino á España llorando desengaños; pero en el Océano de sus lágrimas no podia anegarse la fé, porque esta era inmensa, y todo Océano, incluso el del llanto tiene límites. Famélico, sediento, atormentado por hambre y sed morales mas que materiales, porque tambien tenia sed y hambre su hijo, tiró de la cuerda unida á la campana de la portería de un convento. Sus puertas se abrieron. Se preguntó á aquel desconocido que queria y fueron apagadas su sed y su hambre, así como el hambre y sed de su hijo. Luego se supo que tambien tenia hambre y sed su alma, que habia adivinado un nuevo mundo perdido en la inmensidad de aquel mar Atlántico, de aquel mar de tempestades, caótico, espantoso segun la preocupacion; de aquel mar cuya última costa era el cabo de Finisterre, que al estender su punta dentro de las aguas parecia repetir con los antiguos: «Aquí termina la sólida del globo.» El hijo del cardador de lana esclamaba: «¡Mentira!» El prior Juan Perez de Marchena escuchó al desconocido; con él soñó, vió levantarse del fondo de las aguas un nuevo mundo; y estrechando con efusion ambas manos á aquel hombre de miserable aspecto, con él esclamó: «¡Otro munda existe, y de España será el nuevo mundo!»

Y de España fué. Los sábios rieron. Los frailes y las mujeres creyeron. La fé no puede perderse, porque siempre hallará acogida en el alma de los que se apartan del mundo para dedicarse á Dios, y en el corazon de las mujeres, dotado de tan esquisita sensibilidad que adivinan la verdad cuando los sabios la niegan porque con todo su saber no aciertan á comprenderla. Al levantar monumentos á Colon no se debe olvidar á aquellos hombres cubiertos por un burdo sayal, ni á Isabel la católica y á la marquesa de Moya. Gracias á la fé de los frailes y la esquisita sensibilidad de las mujeres, para España halló un nuevo mundo Colon; pero ¡ay! ¡á costa de cuantos sacrificios podemos invocar tan glorioso recuerdo!

Por su posicion geográfica pareceria España la nacion designada para dar al viejo un nuevo mundo y servir de lazo de union entre ambos. Por el Este y Sudoeste baña sus costas adormeciéndolas con sus tradiciones y recuerdos, el mar Mediterráneo, el mar de la antigüedad, de los fenicios y griegos, de los cartagineses y romanos, cuyas aguas han reflejado tantas epopeyas y miserias, y en las cuales se han balanceado las galeras de cuyo choque debia saltar, cual la chispa al contacto de dos electricidades, la chispa de la civilizacion. Al Norte, Sud y Sudoeste, se miran las costas españolas en el Atlántico, bravío y tempestuoso en el Cantábrico, poético en las playas ocupadas en otra época por los vándalos. Si el mediterráneo era el mar de lo pasado, el Atlántico lo era del porvenir. La ciencia antigua habia escrito en un cabo de España; y las generaciones habian repetido «fin de la tierra» hasta que el genovés dijo: «¡Mas allá tambien hay tierra!» y la grande Isabel repitió: «¡Sí, la hay!»

La bahia, y Colon la halló, y al hallarla plantó en ella la cruz, desplegó al viento el pendon de Castilla y esclamó: «¡Para España será esta tierra!»—«¡De España es!» repitieron nuestros antepasados, cuando el génio, al desembarcar en Barcelona, anunció al viejo mundo que habia hallado para él un nuevo mundo; y nuestra fué; pero ¡ay! ¡á costa de cuán grandes sacrificios! Le dimos al nuevo mundo nuestra sangre, porque allí se fueron los hijos de España y despobló se nuestra tierra para poblar las Américas. Ellas nos enviaron en cambio torrentes de oro; pero al fuego del metal se secó nuestra industria, se agostaron los campos. Creyóse que el oro era riqueza porque no se sabia que no es mas que su manifestacion; y se despreció el trabajo, la industria, cuanto constituye la riqueza; y al notarlo ya no era tiempo. Nuestra ruina estaba consumada. Inglaterra se habia apoderado de nuestras lanas; Francia de nuestras sederias; nuestros campos estaban yermos, silenciosos nuestros talleres. El oro habia desaparecido. España se empobrecia en medio del oro. Cuando descubrió las Américas, era la nacion mas grande del mundo. Los musulmanes habian sido arrojados al otro lado del estremo de donde salieron ocho siglos antes. Isabel la Católica habia borrado de la memoria los tiempos de Enrique IV haciendo de nuestra nacion la primera entre las naciones. ¿Qué fuimos después? La vida, la sangre, la savia, pasaron á América, y ¡oh ingratitud! aquellas tierras á las que dimos savia, vida y sangre, han tenido hijos y nos han maldecido, hijos de nuestros padres que nos han anatematizado en la lengua de nuestros antepasados, sin recordar, ¡los ingratos! que mientras espresen sus ideas en la sonora habla castellana, toda voz de ira contra España producirá en el cielo y tierra el horrible efecto del feroz rugido del parricida.

Ingratos se mostraron con España. Grandes eran sus agravios, pero ¿acaso habia sido mejor la suerte de los peninsulares? ¿La corte de Carlos IV no habia pasado de igual modo afrentosamente sobre todos? ¡Y que ocasion tan desgraciada eligieron algunas de aquellas colonias para romper los lazos que las unian á la madre patria! ¡Cuando España postrada, envilecida, abandonada de aquellos á quienes habia confiado sus destinos, se levantaba para luchar contra el que habia entrado á caballo y como conquistador en las viejas cortes europeas; contra aquel que con la punta de su espada habia modificado el mapa de Europa y al calor de los fogonazos de su artillería habia fundido coronas para colocarlas en las sienes de sus hermanos y soldados, contra aquel que dió á Talma un público de soberanos, contra Napoleon el grande, el grande, el capitan del siglo, el favorito de la victoria, el hombre ante quien la revolucion se humillaba encadenada y los reyes no hallaban el suelo bastante bajo para inclinarse á su presencia! Y cuando España escriba en las rocas del Bruch y en los muros de Zaragoza y Gerona las épicas páginas de la Independencia entonces, entonces fué cuando hombres cuyos antepasados habian abier-